

2) Doctrinalmente la obra sí parece escasa teniendo en cuenta la amplia labor científica de la doctrina norteamericana, que ni siquiera menciona, y en esta medida sí responde a un estricto *case book*, al recoger textos históricas y casos jurisprudenciales, pero sin aportar ningún elemento doctrinal complementario más allá de una sencilla «puesta en ambiente», que en ocasiones, al carecer de una secuencialidad histórica, puede resultar desconcertante, cuando menos fuera de contexto.

3) Ya en último lugar deja entrever que la única solución a la luz de los casos e historia presentados, para hacer posible la libertad religiosa es sólo mediante la doctrina de la separación Iglesia-Estado. al vez sea mucho pedir, o mucho esperar, que los investigadores alcemos la vista más allá de nuestras fronteras, de nuestros inmediatos problemas y soluciones, hacia horizontes más amplios, analizando, comparando otras posibles soluciones.

Es, con todo y pese a todo, un libro atractivo con información sumamente útil que permite aproximarnos al mundo jurídico angloamericano, con frecuencia poco conocido, y menos valorado, que presente ante nuestros ojos no sólo un modo de hacer Derecho distinto, sino también de entenderlo.

GLORIA M. MORÁN.

REMOND, R.: *L'anticlericalisme en France. De 1815 à nos jours*, Editions Complexe, Bruselas, 1988, 387 págs.

Todo estudioso que haya participado en la redacción de una obra colectiva en el campo de la Historia guardará el recuerdo de la carencia de una planificación adecuada y, a menudo, de la frustración de ilusiones depositadas en él. Decididamente, al individualismo hispánico le resulta muy difícil acomodarse a las exigencias de un trabajo así. Con una dotación presupuestaria mayor de lo que entre nosotros es habitual, hace ya algunos años que se acometió por un equipo de figuras relevantes el análisis de una corriente ideológica como el anticlericalismo, que atraviesa toda la carrera de la España medieval y moderna. Anunciada con gran lujo publicitario, la empresa iba encaminada a la reconstrucción del fenómeno en los últimos quinientos años de nuestra vida colectiva. Sólo una mínima parte de ella vio la luz en el año 80 a través de la pluma de un académico por partida doble. Ciertamente que, si se tuviera que juzgar el empeño y sobre todo la realización de aquella magna aventura por la monografía en cuestión, no se tendría otra opción que la de felicitarse por el naufragio del esfuerzo y hacer votos porque sus restos no salieran a flote.

El saldo de la tentativa no pone, naturalmente, en cuestión su trascendencia, y acaso la acrecienta. El anticlericalismo contemporáneo español penetra por las capas de la política aclarando algunos de sus motores, irrumpe en la trayectoria de escuelas y centros de enseñanza dándonos a conocer datos importantes sobre las ideas medulares de la reforma pedagógica, discurre por los campos de la milicia y de la prensa hablándonos de cómo la crispación de la convivencia nacional encontró en él un instrumento fundamental.

Por todo ello la lectura del libro de uno de los contemporaneistas más sobresalientes y laboriosos del país vecino —especialista, por contera, en la andadura del catolicismo galo en el siglo xx— es una tarea tan reconfortadora como estimulante. Precisemos, sin embargo, que no nos hallamos ante una reconstrucción completa del tema, sino sólo frente a la detenida presentación de sus aspectos capitales. Cada una de las cuestiones comentadas por Remond requiere una profundización en sus planteamientos teóricos y, sobre todo, en su exposición factual. Su esfuerzo basta, no

obstante, para contemplar un cuadro dibujado con tal maestría que, pese a su escasa extensión, contiene todas las claves de una cuestión que también en Francia se ha demostrado como esencial: describir y comprender la evolución general de los espíritus con incidencias concretas y decisivas en numerosos campos de la vida política y de la práctica social.

El presupuesto de la introducción de Remond al objeto de su estudio descansa en la consideración del anticlericalismo como una ideología. Ideología incompleta, más limitada que otras de más amplia audiencia y sustantividad a la hora de influir y decidir en los grandes procesos contemporáneos. Una ideología con héroes anónimos, sin libros ni tablas de la ley, esto es, sin textos ni autores relevantes, mas aun así suficiente para construir todo un universo mental, principios innovadores, soportes sociológicos y una historia detrás de sí y adelante, un proyecto. El carácter limitativo de la ideología anti viene dado por este factor a menudo insuficientemente subrayado: su complementariedad respecto del catolicismo. Aunque en la actualidad pudiera tal vez concebirse un anticlericalismo sin su dicotomía frente a los credos revelados, hasta nuestros días su presencia era solamente colmada como reacción cara a aquéllos. Por consiguiente, una aproximación al tema sólo es comprensible y admisible desde la óptica de un correlato estrecho e inseparable con las vicisitudes del catolicismo (bien se entiende que hablamos de los países de señas de identidad cristiana, los únicos, por lo demás, en los que el anticlericalismo ha florecido).

Otra faceta o amputación que impide catalogar el anticlericalismo entre la familia mayor de las ideologías es su acerado carácter emocional, la visceralidad de ciertas de sus manifestaciones. En los estratos más profundos de la psicología colectiva han anidado desde siglos un antagonismo y una prevención hacia el clero que no siempre obedecen a elementos racionales. Este carácter prejuicioso amengua su potencia racional, sobre todo en las actitudes colectivas, en las tomas de posición de los estratos que han llevado la antorcha del combate anticlerical. Vertiente ésta claramente fundamental para una introspección verdaderamente científica del fenómeno y para la que es necesario el concurso de una amplia gama de especialistas y saberes hoy por hoy no coordinados en ningún país para empresa tan excitante. Tal estado de ánimo se encuentra amasado por una mezcla muy heterogénea de elementos depositados a manera de cantera en la memoria de especie de elementos particularmente provenientes del pueblo. Medievalistas y modernistas nos tienen mucho que decir al respecto; y hasta el presente sólo alguna cata más ingeniosa que con ambiciones de solidez y globalidad nos han proporcionado. El sacerdote como mediador insoslayable ante la divinidad, la llave que cierra o abre la vida de ultratumba, las bases de la singularidad privilegiada del estamento eclesiástico y otras muchas notas de la misma dimensión nos ponen en la pista de una interpretación válida y satisfactoria de la raíz esencial del anticlericalismo y del peso en éste de las notas emocionales.

Todo lo dicho atañe naturalmente al anticlericalismo latino sin que Francia suponga en modo alguno una excepción o una cristalización particular y específica. Mas acotado en el terreno de su pasado inmediato figuran lo que cabría llamar los orígenes y evolución de su anticlericalismo contemporáneo. El siglo de las luces dio lugar en ella a uno de los capítulos más acabados de la arquitectura doctrinal del tema. La divulgación anticlerical hecha desde poderosos medios intelectuales logró una verdadera capacidad proselitista, sin tardanza traducida en la adopción desde el poder que iban a encarnarse en la existencia institucional para muy pronto decantarse igualmente en la práctica social. Este anticlericalismo provenía de una fuente distinta al desplegado en todos los ámbitos regidos por las monarquías absolutas por sus cuerpos de élite jurídicoadministrativos. Las diversas versiones del regalismo respondían al menos teóricamente a la defensa de la naturaleza y carácter de las distintas iglesias nacionales frente a las «abusivas» intromisiones de la corte de Roma.

El anticlericalismo al que daría vado legal la Revolución Francesa aspiraba a la autonomía de la sociedad frente a un estamento como el religioso que confiscaba la libertad en su provecho y luchaba por la tutela de una sociedad infantil, incapaz por sí misma de buscar las razones de su propio vivir.

Tampoco estos rasgos connotan una determinada versión del anticlericalismo. El genio intelectual francés dotó a esta corriente de una vitola capaz de contender con cualesquiera otras doctrinas, provocando la rápida imitación en muchos otros países. En el nuestro, el regalismo tuvo sus tratadistas y ejecutores capaces de compararse con ventaja con los de otras monarquías. En el XVIII la ejemplificación resulta tan patente como obvia. Pero no sucedería así en el Ochocientos cuando también en punto a anticlericalismo nos movimos al compás galo. Qué gran contrariedad provoca ver a un espíritu tan creador e independiente como el de Clarín entonar la canción anticlerical con las solas cuerdas de su idolatrado Renan. Con gran relieve, a una escala que en España siempre sería pequeña, R. Remond observa con agudeza el traspaso de poderes provocado en la dirección del anticlericalismo a mediados de la centuria pasada. Aclimatado a los goces y usufructos del poder, la burguesía abandonó su militancia y prédicas anticlericales, recogidas por los partidos y fuerzas radicales y obreristas. El aburguesamiento del liberalismo entrañó también un cambio total en su postura hacia el clericalismo. Quizás fuese ésta la inflexión ideológica y social más importante de las experimentadas por el anticlericalismo francés contemporáneo. Como en España, la tonalidad netamente política adoptada por él en la crisis del Antiguo Régimen y subsiguiente triunfo del constitucionalismo perdería ahora gran parte de su protagonismo instrumental y táctico en esencia. En nuestro país más que en el vecino —interesante sería si no fuera por demás impropio en las coordenadas de una reseña alguna alusión al italiano y, muy en especial, al portugués— la conjunción y coordinación del anticlericalismo intelectual con el popular prestaría a la historia posterior de éste una fisonomía relativamente autónoma y singular respecto al de la trayectoria decimonónica anterior.

Como se constata, entramos así en otra área del tema. La sociología del anticlericalismo francés recipe por parte de R. Remond precisiones muy esclarecedoras que, con suma cautela, cabe extrapolar en ciertos extremos al caso peninsular, aunque los contrastes sean más llamativos y hasta esclarecedores que las semejanzas. La magistratura, que fue en Francia uno de los pilares del anticlericalismo contemporáneo —como heredera de los legistas, en opinión de Remond—, en España se colocaría en una situación opuesta. En el área que ahora transitamos existe en la obra de Remond un vacío inexplicable. No hay en sus páginas ni una alusión a la propagación del anticlericalismo por las filas castrenses. De su silencio pudiera deducirse que aquél tuvo un reducido alcance en la milicia, como parece refrendarlo la biografía de algunos de sus principales jefes. En el caso hispano nos encontramos casi absolutamente en las antípodas. Uno de los principales elementos de irradiación del anticlericalismo hispano radicó precisamente en los cuadros del estamento castrense, unos de los principales y más entusiasta defensor del régimen liberal. Es muy revelador a estos efectos, cara sobre todo a las últimas peripecias dramáticas de nuestra historia, detectar el acentuado distanciamiento existente entre el cuerpo de Capellanes y el de Oficiales. Así como en la nación gala el comportamiento heroico de los sacerdotes militarizados durante la Gran Guerra fue una de las argamasas fundamentales de la pacificación espiritual del país con posterioridad al conflicto, en el nuestro no parece que sucediera tal cosa. Ninguno de los estudiosos de las guerras norteafricanas —por lo demás escasos y no particularmente sagaces— se ha adentrado en el análisis de la mencionada cuestión. Pero es claro que un acontecimiento como el marroquí, que fue sin duda el de mayor impacto y fuerza conformadora de la opinión popular en múltiples aspectos, debió tener notable trascendencia en la cosmovisión religiosa de numerosos españoles, sobre todo, de los encuadrados en el

pueblo. Gran libro el que pudiera escribirse sobre los capellanes en el conflicto mogrebí, que, aventuramos, fue un manantial de anclericalismo, aunque desconocemos casi por completo las proporciones en que se alimentó de la deficiente conducta del clero castrense y de la crítica suscitada por éste entre mandos y oficialidad.

Identificados —guardadas, insistiremos, todas las debidas proporciones y distancias— se encuentran el anticlericalismo francés y el hispano en cuanto al destacado papel representado en ambos por el estamento docente. El combate laico fue el principal terreno de operaciones y la ofensiva más poderosa desplegada por el anticlericalismo finisecular. Estrategas y masa de maniobra se reclutaron principalmente en los cuadros docentes de uno y otro país; aunque también aquí conciertas diferencias. En Francia la Universidad figuró con mayor fuerza en la primera línea de esta lucha, mientras que tal vez en España sus principales responsables provinieron de la enseñanza secundaria y el magisterio (hipótesis que debe, conforme es obvio, tener una verificación detenida y sobre todo cuantificada, muy cuantificada...). Quizá a este matiz se deba igualmente la mayor «ilustración» de la batalla entablada por el libre pensamiento francés en cotejo con la desarrollada por el laicismo hispano menos afinada desde el punto de vista intelectual y científico. Cuando en Francia Ferry abrió el camino que cerraría Combes, los políticos se apoyaban en un estado de opinión producto de campañas intensas y bien elaboradas. Cuando en España Moret y Castelar quisieron implantar una mínima modernización del país en el terreno religioso tuvieron detrás de sí más demagogia que pensamiento.

En una ideología como la anticlerical no debe primarse con exceso este último, sobre todo en su expresión escrita. Si ello resulta patente en Francia, como señala Remond, fácilmente puede suponerse la patencia del hecho en nuestro país. Un periodista, Luis Morote, es el autor del libro tal vez más importante del anticlericalismo hispano, más que por su calidad intrínseca, por la ausencia de textos comparativos. De tal manera que no puede sorprender el que la plasmación y transmisión de nuestro anticlericalismo haya sido de forma casi exclusiva por vía oral. De ahí, indudablemente, su tentación más fuertemente demagógica que en Bélgica e incluso que en la misma Portugal, donde su élite intelectual generó una doctrina más incisiva y completa que hispana (cotéjese la obra de Eça de Queiroz con la de otros grandes novelistas españoles contemporáneos y se encontrará la prueba documental...). Los factores mencionados hacen acaso más necesario en España que en Francia el estudio de la geografía del anticlericalismo. Cara a la de su país, Remond abre pistas muy sugestivas y se atreve a bosquejar un mapa —tal vez demasiado general— con las regiones de mayor presencia en el frente anticlerical, aunque también en este cuadro deben haberse producido ciertas mutaciones no seguidas de cerca por la pluma de Remond, como por otra parte es lógico, dada la naturaleza meramente introductoria de su trabajo. En un estudio de cierta amplitud sobre el tema aspiramos nosotros a trazar la geografía de nuestro anticlericalismo, avanzando aquí tan sólo el hecho de sus profundas raíces históricas. La relativa simplicidad de la línea del francés —implantación de abadías y monasterios especialmente poderosos, geografía de la viña, focos y baluartes protestantes— se complicará más en el caso hispano por un anticatolicismo reprimido por la Inquisición y que halló una ancha espita en la paremiología y en la literatura popular transmitida oralmente. ¿Cuál fue el papel en todo ello de moriscos y cristianos viejos? Poco sabemos, pero lo suficiente para marcar diferencias geográficas, cuando no de intensidad —que existieron—, de inspiración y temática.

En muchos aspectos esta geografía del anticlericalismo nos pone en contacto con su fondo estructural. En la etapa estudiada por Remond, tanto en Francia como en el resto de los países de vieja cristiandad la coyuntura va a imponer su ley con mayor fuerza que en los períodos precedentes, en relación directa con la aceleración social, pero no obstante la diversidad de expresiones y temas —prensa, literatura (especial-

mente narrativa), discursos, mítines— siempre nos toparemos con una identidad de fondo. Son las órdenes y congregaciones religiosas de mayor nivel intelectual y más penetrante ascendente —los jesuitas muy en vanguardia, por supuesto— los que atraen e imantan el fuego y la pasión anticlericales nacidos en muchas ocasiones —no hay que aclararlo— de un vivo sentimiento espiritual y trascendente. El correlato es aquí muy estrecho entre España y Francia. A los viejos sagrarios de los «legistas del rey» sobre la pérdida de soberanía que la actuación de dichas órdenes implica y a la sangría económica que su estrecha dependencia con Roma comporta experimentaron ahora un ligero retoque formal. La empresa de recatolización acometida como cruzada medieval por el pontificado contemporáneo —Pío IX, Pío X— pone en grave peligro los fueros de la razón y los de las naciones en las que jesuitas y otras órdenes —algunas de ellas de reciente creación— siguen de tropas de choque de este combate.

Remond es muy sucinto en la referencia a la pieza representada por la masonería en el mecanismo anticlerical. En el estado actual de las investigaciones es difícil calibrar si la española tuvo un papel más activo que la francesa. Afortunadamente no tardaremos en poder estar en condiciones de precisarlo si la bien planificada investigación acometida por el equipo investigador que dirige J. A. Ferrer Benimelli conquista sus últimos objetivos, como es de esperar y desear.

Estructura, coyuntura, historia en fin y en definitiva. Pero también futuro. Es éste, curiosamente, sujeto muy vigoroso de las consideraciones de Remond. Trazado al hilo de los documentos más expresivos un recorrido puntual —es decir, de extremos salientes, de hitos clave aunque también muy ajustadamente glosados—, el autor se enfrasca en una meditación final y pormenorizada sobre el porvenir del anticlericalis. No comparte en modo alguno la tesis mantenida por A. Mellor —al que se debe una mediocre visión de conjunto del anticlericalismo galo—, que encontró un eco mayor a sus merecimientos a causa justamente de la escasez de bibliografía con aspiraciones científicas. Según dicho autor, una vez que la Iglesia se había reconciliado con el mundo moderno en el Concilio Vaticano II, el anticlericalismo había pasado a mejor vida. Con buen criterio, indica Remond su vitalidad en los días presentes, con brotes muy frecuentes y espectaculares en los medios de información con mayor impacto social. Fenómeno muy recurrente en Italia como en Francia y al que España en absoluto resulta ajena. La pervivencia de la venerable e incurable cuestión escolar en los dos últimos países alimenta innegablemente la corriente más anchurosa y clásica del anticlericalismo contemporáneo. A este tenor, Remond insiste en ponderar el importante refuerzo que en tal línea ha tenido la aparición de un anticlericalismo nacido en el seno de la «Iglesia progresista», provocador a su vez de un rearme de otra curiosa tendencia, la del anticlericalismo ultra o conservador. Por muchos motivos quizá sea España el país en el que el panorama descrito por Remond halla su más perfecta ejemplificación. Un reciente y rentablemente polémico libro del batallador cronista de nuestra actualidad política y cultural, Ricardo de la Cierva, en torno a la teología de la liberación refrenda modélicamente lo antedicho. Una Iglesia retornada plenamente al Evangelio ¿podría decepar al anticlericalismo? Interrogación sugerente con la que Remond cierra su obra. El autor no lo cree. En el contexto de la sociedad contemporánea todos los grupos particularizados y autónomos suscitan de inmediato el rechazo de una colectividad que tiene como uno de sus principales motores el deseo de la uniformidad a todo trance. Una Iglesia evangélica entrañaría un testimonio ardiente por sus ministros y fieles del mensaje por ellos vivenciado, singularizándose así más aún de su intento... Discutible o no la conclusión de Remond, no puede por menos de aplaudirse su intento de prospectiva. Es ella una misión o un plano irrenunciable para el verdadero historiador. Después de seguirse morosamente el curso de una corriente se está en condiciones de conjeturar sin demasiado aventurerismo su derrota futura. Pero para ello, repetiremos,

hay que haber rastreado previa y escrupulosamente rabiones y remansos, caudal y cauce. Es lo que ha hecho René Remond en esta excitadora introducción a un tema por siempre apasionante y apasionado.

JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO.

TOSO, MARIO: *Chiesa e Welfare State*, L.A.S., Ateneo Salesiano, Roma, 1987, 144 páginas.

1. Tras la crisis económica de finales de los años 20, la doctrina de Keynes presentó una corriente renovadora de la teoría económica clásica y aportará la justificación doctrinal del Estado intervencionista. Esa corriente dio lugar a la adopción de ciertas medidas que propiciarán el nacimiento del Estado de bienestar (aunque el concepto no sea totalmente nuevo: vid., a título de ejemplo, en este sentido, para la evolución del Estado del bienestar, GARCÍA COTARELO, «Origen y desarrollo del Estado del bienestar», en *Sistema*, núms. 80-81, noviembre 1987), modelo de Estado que se consolida en la década de los 50 y llega a su plenitud en la de los 60 con el llamado Estado providencia. Si ése fue su soporte doctrinal desde los planteamientos de pura teoría económica, su fuente y, paradójicamente, su consecuencia jurídica, vendrá dada por la recepción en las Constituciones democráticas de lo que se ha dado en llamar derechos sociales y económicos.

2. En la década de los 70 se inicia, no obstante, un período de crisis del llamado Estado del bienestar, que se manifestará plenamente en la década que ha terminado. Las críticas a sus soportes económicos se habían dejado sentir tanto desde las posiciones liberales defensores del viejo liberalismo tradicional frente a la hipertrofia del Estado (crítica a las nacionalizaciones, a la política fiscal tachada de confiscadora, a la excesiva intervención estatal, excesiva socialización, en definitiva, del Estado) como desde posiciones marxistas, que tardan algún tiempo en identificar al Estado del bienestar con un nuevo intento de reorganización del capitalismo (el Estado del bienestar, dicen, es un producto típico del capitalismo, un nuevo intento de renovación cuya explicación tiene que ver con la crisis particular del Estado en la sociedad capitalista). Pero las manifestaciones de hecho de la crisis, también económicas, hay que cifrarlas en la que podría denominarse segunda revolución industrial que nace con la crisis del capitalismo que ha de situarse en 1973 (vid., al efecto, GARCÍA COTARELO, «Crisis y reformulación del Estado del bienestar», en *Derecho y economía en el Estado social*, Madrid, 1988, págs. 19-37), y cuyas manifestaciones concretas más importantes son la crisis económica norteamericana, el encarecimiento de los productos energéticos y la revolución de las nuevas tecnologías, que representan, además, por el disparo de los índices de desempleo y la progresiva ruina de los países productores de materias primas y el endeudamiento cada vez más creciente de los países del tercer mundo.

3. La pregunta es obvia: ¿ha fracasado el Estado del bienestar? O, tal vez, ¿han de reconsiderarse sus formulaciones tradicionales tras el análisis de los factores que han influido en su crisis? ¿Debemos, quizá, ir al encuentro de otros factores de la crisis, además de los puramente económicos? ¿Cabe una reconsideración, una *reformulación* del Estado del bienestar?

4. La lectura de Mario Toso en este sentido es positiva. Cabe afrontar la crisis; cabe una reformulación, pero afrontar la crisis requiere contemplar, además de los factores técnico-políticos y económicos, reconsiderar si no hay, en el fondo, igualmente, una crisis de valores ético sociales. Pues bien, en el ánimo de recomponer el pacto político que dio origen al Estado del bienestar en los términos que ahora uti-